

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscription. — En la Península Un mes, 1.40 pts. — Tres meses, 4.50 id. — En el Extranjero: Tres meses, 10 id.
 — Número suelto, 0.10 pts. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — No se devuelven los originales.
 Redacción y Administración, Mayor, 24

Condicionales. — El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.
 La correspondencia al Administrador

La conmemoración de los fieles difuntos

Día triste, día de recuerdos que, ocultos bajo el polvo que amontona el tiempo, se levantan, se agitan y se extienden por todos los hogares, imponiendo un parentesco en la lucha (señal por la existencia y convidando a la quietud, al recogimiento en que se contemplan las tristezas del pasado y el incierto camino del porvenir.

El culto a los muertos, que pertenece a religión determinada, el místico y el secreto, el protestante y el católico lo profesa; es un culto que se radica en principios dogmáticos; lo impone el sentimiento colectivo, vive en nosotros, y por eso no tiene fronteras en el orden de las creencias.

La multitud llena los cementerios, cubriendo de flores y coronas, las sepulturas y mausoleos, representación acabada del eterno *vanitas* que no se rinde ni ante aquel pasado de cenizas donde se concretan los triunfos quiméricos, la sed insaciable de placeres, la devoradora fiebre de poderío y de grandezas, todo eso, en fin, que espoleando la humanidad y sugestionándola con su brillo la lanza en una lucha titánica, sin treguas a través de generaciones y de siglos.

Todos van al cementerio y allí oran con fervor sobre las tumbas que guardan los restos de sus antepasados.

Donde más se dirige nuestra vista es a las tumbas más ligadas a pobres, humildes, sin más atributo que una tosca cruz de madera que extiende sus brazos protectores y muestra pendiente de ellos los *ramitos* al viento que una mano querria arrancar acaso entre los relameres y los tomillos.

La naturaleza misma aparece en ese día de luto, como abismada en una meditación larga y tenebrosa; tenebrosa porque los ojos y el pensamiento se dirigen instintivamente a ese límite que señala el límite de lo conocido y el principio de lo misterioso, donde la mente vacila, la inteligencia se oscurece y al fin el hombre que tuvo por la grandez de la idea y lo microscópico de sus horizontes intelectuales...

Dichosos aquellos, para quienes el más allá no es un problema y se limitan a recordar sus muertos con una plegaria, y no les privan por lo que esos muertos representan y lo que elocuentemente dice en su eterno silencio!

Desde Madrid

SERVICIO ESPECIAL DE EL ECO DE CARTAGENA

El nuevo Gobierno se encuentra todavía dedicado a la ingrata tarea del nombramiento de cargos.

Los aspirantes son muchos, los deseos de activamente escalar de ahí los cargos y las distinciones.

Como el cargo de Gobernador civil esta ahora mejor retribuido, mejor que tuvo a la práctica el anterior Gobierno, van ahora a mandar las provincias, varios subsecretarios, directores generales y hasta exministros, con la cual podrá el Sr. Moré contentar más fácilmente a los prohombres de su partido.

Aparte de esto, el Gobierno, no ha dado todavía señales de vida, quizá por no haber tenido tiempo para ello, o por no haberse acordado ya, categorico, cual es el programa que se propone seguir y desarrollar, con que no puede considerarse como programa, ni siquiera como un programa, ni siquiera como un programa, ni siquiera como un programa.

Los deseos de todos son que los gobernadores sean personas prestigiosas e ilustradas.

A. J. J.
 Madrid, 29 Octubre.

berndor tiene mucha más importancia de lo que se cree. Corresponde al Gobernador mantener el orden público y proteger a las personas y propiedades, el egado si es necesario hasta requerir el auxilio de la tropa; reaparados que está encargado de reprimir todos los actos contrarios a la moral y a la decencia pública, recuerda que ha de velar por el cumplimiento de todas las leyes y en especial de las higiénicas y sanitarias, de las docentes y de las leyes de imprenta reunión y asociación, de los establecimientos públicos, de las leyes administrativas, pudiendo provocar competencia a los tribunales ordinarios etc. etc.

Como todas estas funciones y otras de mas importancia corresponden a los gobernadores civiles es conveniente que estos cargos recaigan en personas de gran probidad e ilustración, para que se dignifique ese elevado cargo, mirado en algunas provincias con recelos y desconfianzas.

Los deseos de todos son que los gobernadores sean personas prestigiosas e ilustradas.

A. J. J.
 Madrid, 29 Octubre.

Luisa San Román era un verdadero ángel; apenas había cumplido quince años, y llevaba el vestido corto como todas las niñas de su edad.

Era tal la perfección de sus facciones, tan nacaradas sus mejillas, tan correcto el perfil de su divino rostro, que Germán la llamaba 'la niña de biscuit' y se había enamorado de ella como se enamora uno de una flor, para contemplarla y aspirar su aroma.

No podía ser otra cosa; era tan niña!

Cuando veía en el paseo, en el teatro ó en el templo a la 'niña de biscuit', la contemplaba embelesado, la devoraba con los ojos, pero sin osar acercarse a ella.

El vestido corto era una barrera infranqueable que le separaba de aquella linda muñeca.

¿Qué hubieran dicho los amigos al verla cortejar a una chiquilla?

Burlarse de él.

Luisa se había fijado en la penetrante mirada de Germán, y a pesar de sus pocos años no le disgustaba aquel joven elegante y apuesto, de bigote a los kaiser y de ojos negros y expresivos.

—Dadme estáis enamorado de mí, pensó un día en que las profundas miradas de Germán le hicieron estremecer.

Y así pasaba el tiempo entre miradas y suspiros. Luisa siempre niña, pero sintiendo despertar su alma de mujer, Germán apurándose por haberse casado con ella, su corazón de niño se iba volviendo hombre.

Un día pensó volverse loco de alegría.

Sus amigos le habían dicho que Luisa, su ideal, acababa de vestir la gala de la mujer.

—¡Qué hermosa debe estar! exclamó arreando los ojos para que no se escapara del espejo de su alma la imagen de aquella figurita de 'biscuit'.

Aquella noche acudió al teatro y en efecto Luisa estaba en su palco, pero no era la niña juguetona y alegre que corría en el Parque, su cuerpo había adquirido la esbelta de la mujer; el vestido corto había desaparecido y en su lugar se realizaba un espléndido bolero, con traje elegante y sinio de ricos encajes.

A pesar de la transformación, Luisa seguía siendo la niña de biscuit, fina, delicada, espiritual.

Sus ojos alegres de niña habían

adquirido una dulzura, una melancolía que le daban mayor encanto.

Germán no quiso esperar un momento más; la barrera no existía; podía dar rienda suelta a su pasión; podía amar y ser correspondido.

Esperó una ocasión, y acercándose a Luisa le dijo muy bajo, pero con acierto, lo que le había pasado por la cabeza.

Luisa no contestó; clavó en Germán sus ojos azules y sonrió dulcemente.

En uno de los salones del Casino, Germán con varios amigos apuraba unas cuantas botellas de cerveza.

—Chico, te felicito, decía uno estrechándole la mano.

—Gracias, respondía Germán radiante de felicidad.

—¿Qué le ha tocado acaso la lotería? pregunta uno.

—No es la lotería; es que se casa.

—Bravo, hombre, bravo, te despiden de la vida de soltero.

—Sí, me caso; fue caso con ella, con la mujer soñada, con mi muñequita de biscuit.

—¿Con aquella niña rubia?

—Con aquella.

—¡Buen bocazo te llevas, granuja!

—Me llevo un ángel.

—Hombre, no seas romántico, te llevas una mujer que no está en el catálogo de las que nosotros usamos, ni más ni menos.

—No, Luisa es para mí algo más que una mujer. Cuando la contemplo, no la contemplo mis sentidos, la contemplo mi alma.

Temiendo estoy que llegue el momento de hacerla mía, me parece que el amor material es un ultraje para ella, es tan delicada, tan sensible, que temo empujar con mis besos el nácar de sus mejillas y romper con mis brazos sus alas de mariposa.

Germán se expresaba con sinceridad, su amor a Luisa, más que amor era veneración.

La consideraba una de esas flores que al más leve contacto se deshojan. Mejor que embrutecerla con sus caricias le hubiera elevado un altar para adorarla.

Pero había que entrar en la realidad de la vida y una noche la 'niña de biscuit' fué la señora de Villahermosa.

La iglesia había unido para siempre a Germán y Luisa.

Transcurrió algún tiempo. Luisa y Germán no salían de su nidito de amor. El mundo exterior no existía para ellos, vivió en una eterna calma, en un beso infinito.

Una noche se abrió el nido y el ave enamorada salió a buscar las alas.

Germán apareció en el Casino iba triste, convulso, con la vista indecisa, como abrumado por una contrariedad terrible.

—¿Caramba! ¿qué tendrá Germán? se preguntaban sus amigos, pero no se atrevieron a interrogarle.

Al fin, una noche se sentó Germán con uno de sus más íntimos compañeros.

—Parece menos triste y más comunicativo.

La conversación recayó sobre su matrimonio.

—Parece que no eres feliz, le dijo el amigo.

—No, no lo soy, replicó Germán contrariado.

—¿Es posible? ¿Con una mujer tan bella?

—¡Ay, amigo mío, las apariencias engañan! Mi esposa no es la mujer que yo soñaba. Aquella muñeca de biscuit ha resultado de gran molesto.

—¿Qué dices!

—¿Ves estos dos dientes que me faltan?

—Sí.

—Pues me los ha roto ella de un puñetazo.

—¿Luisa?

—Sí, Luisa; aquella figurita espiritual y delicada, está educada a la iglesia, ha hecho mucha gimnasia y tiene más fuerza que un tiburón.

ZARAGOETA.

CUENTO DEL SABADO

LA NIÑA DE BISCUIT

Germán Villahermosa, era un solador, un poeta.

Sus guisos eran tan delicados, tan sencillos y bonitos, que se deleitaba viendo revolotear una mariposa, correr el agua cristalina de una fuente, mecerse una flor agitada por el viento.

No escribía verso pero en su imaginación brotaba a raudales la poesía.

Había sido el niño mimado de sus padres que eran ricos y nunca pensaron en darle una carrera.

Así llegó a la mayor edad, sin ser otra cosa que un señorito elegante y perfumado, un 'dandy', con muy mala ortografía.

Cuando tuvo edad de amar y ser amado, no se enamoró de ninguna mujer que hablase a los sentidos, sus ojos se fijaron un día en una niña blanca como los pétalos de las azucenas, de ojos azules como jirónes de cielo, y con la cabecita rubia, como esas muñecas con que juegan los niños.

—Dadme estáis enamorado de mí, pensó un día en que las profundas miradas de Germán le hicieron estremecer.

Y así pasaba el tiempo entre miradas y suspiros. Luisa siempre niña, pero sintiendo despertar su alma de mujer, Germán apurándose por haberse casado con ella, su corazón de niño se iba volviendo hombre.

Un día pensó volverse loco de alegría.

Sus amigos le habían dicho que Luisa, su ideal, acababa de vestir la gala de la mujer.

—¡Qué hermosa debe estar! exclamó arreando los ojos para que no se escapara del espejo de su alma la imagen de aquella figurita de 'biscuit'.

Aquella noche acudió al teatro y en efecto Luisa estaba en su palco, pero no era la niña juguetona y alegre que corría en el Parque, su cuerpo había adquirido la esbelta de la mujer; el vestido corto había desaparecido y en su lugar se realizaba un espléndido bolero, con traje elegante y sinio de ricos encajes.

A pesar de la transformación, Luisa seguía siendo la niña de biscuit, fina, delicada, espiritual.

Sus ojos alegres de niña habían

adquirido una dulzura, una melancolía que le daban mayor encanto.

Germán no quiso esperar un momento más; la barrera no existía; podía dar rienda suelta a su pasión; podía amar y ser correspondido.

Esperó una ocasión, y acercándose a Luisa le dijo muy bajo, pero con acierto, lo que le había pasado por la cabeza.

Luisa no contestó; clavó en Germán sus ojos azules y sonrió dulcemente.

En uno de los salones del Casino, Germán con varios amigos apuraba unas cuantas botellas de cerveza.

—Chico, te felicito, decía uno estrechándole la mano.

—Gracias, respondía Germán radiante de felicidad.

—¿Qué le ha tocado acaso la lotería? pregunta uno.

—No es la lotería; es que se casa.

—Bravo, hombre, bravo, te despiden de la vida de soltero.

—Sí, me caso; fue caso con ella, con la mujer soñada, con mi muñequita de biscuit.

—¿Con aquella niña rubia?

—Con aquella.

—¡Buen bocazo te llevas, granuja!

—Me llevo un ángel.

—Hombre, no seas romántico, te llevas una mujer que no está en el catálogo de las que nosotros usamos, ni más ni menos.

—No, Luisa es para mí algo más que una mujer. Cuando la contemplo, no la contemplo mis sentidos, la contemplo mi alma.

Temiendo estoy que llegue el momento de hacerla mía, me parece que el amor material es un ultraje para ella, es tan delicada, tan sensible, que temo empujar con mis besos el nácar de sus mejillas y romper con mis brazos sus alas de mariposa.

Germán se expresaba con sinceridad, su amor a Luisa, más que amor era veneración.

La consideraba una de esas flores que al más leve contacto se deshojan. Mejor que embrutecerla con sus caricias le hubiera elevado un altar para adorarla.

Pero había que entrar en la realidad de la vida y una noche la 'niña de biscuit' fué la señora de Villahermosa.

La iglesia había unido para siempre a Germán y Luisa.

Transcurrió algún tiempo. Luisa y Germán no salían de su nidito de amor. El mundo exterior no existía para ellos, vivió en una eterna calma, en un beso infinito.

Una noche se abrió el nido y el ave enamorada salió a buscar las alas.

Germán apareció en el Casino iba triste, convulso, con la vista indecisa, como abrumado por una contrariedad terrible.

—¿Caramba! ¿qué tendrá Germán? se preguntaban sus amigos, pero no se atrevieron a interrogarle.

Al fin, una noche se sentó Germán con uno de sus más íntimos compañeros.

—Parece menos triste y más comunicativo.

La conversación recayó sobre su matrimonio.

—Parece que no eres feliz, le dijo el amigo.

—No, no lo soy, replicó Germán contrariado.

—¿Es posible? ¿Con una mujer tan bella?

—¡Ay, amigo mío, las apariencias engañan! Mi esposa no es la mujer que yo soñaba. Aquella muñeca de biscuit ha resultado de gran molesto.

—¿Qué dices!

—¿Ves estos dos dientes que me faltan?

—Sí.

—Pues me los ha roto ella de un puñetazo.

—¿Luisa?

—Sí, Luisa; aquella figurita espiritual y delicada, está educada a la iglesia, ha hecho mucha gimnasia y tiene más fuerza que un tiburón.

ZARAGOETA.

NOTAS ALEGRES

Actualidades

Octubre, el décimo mes del año que corre, está a punto de desaparecer del poder, como desapareció Mañana.

Su hermano, el mes de los Santos, en el que las campanas con sus alegres latidos nos recuerdan a los que en vida nos precedieron, viene apretando y dentro de muy pocas horas caerá Octubre y cobrará Noviembre.

Y como ya es una inveterada costumbre inaugurará el oncenso mes su reinado con el indispensable drama de Zola y con la obligada visita a los cementerios.

El polvo del viejo escudo:
 Venid, naciones, en pos;
 Que allí se derrumba un pueblo,
 Cuya oscilante cabeza
 Con inmutable firmeza
 Señala el dedo de Dios.

Pueblo, que dormido canta,
 Atado a un antiguo
 Con dobles cadenas
 De mollicie y de placer;
 Torvo cadaver, que arrastra
 Por los mundos del olvido
 Un sudario, guarnecido
 Con los recuerdos de ayer.

El posó sobre el sepulcro
 De Cristo en planta oscura,
 Rompiendo la noble espada
 De nuestros padres al pie;
 El fabricó mis cadenas,
 El atravesó los mares,
 Para violar mis hogares,
 Mi libertad y mi fe.

Mas él mirará temblando

Que al pacer el nuevo día,
 La cruz en Santa Sofía
 Mis hijos elevarán;
 Y buscará en el desierto
 Con los ojos espantados
 Los restos desaparecidos
 De las hojas del Koran.

Ayer a ese pueblo altivo
 Retó mi ardiente impaciencia,
 Y un girón de independencia
 De sus manos estrañó:
 Y hoy contemplo que sepulta
 A mis hermanos sangrientos,
 Bajo los rojos fragmentos
 Del pacto que ayer firmó.

¡Oh mangua! Caballo, avanza,
 A vengar nuestro quebranto;
 El polvo del Asia es asento,
 Y quiere aspirarlo ya.
 Cruja el aire en la bandera:
 Avanza, caballo, avanza,
 Que hasta el hierro de mi lanza
 Ardiendo en rubro aspa

Y, si caigo, habré acatado
 La voz de la patria mía.
 ¿Perecerán algún día
 Mi justicia y mi virtud?
 ¿Acaso no habrá un poeta
 Que cante al mundo mi historia?
 ¡Qué importa! El sol de la gloria
 Coronará mi ataud.

José Martínez Monroy.

1864.

Fin del tomo segundo

Revelación

Nena de rubios cabellos,
 la de los labios de grana,
 nena la más hermosa
 que hay en toda la comarca.
 ¿Por qué te pecho suspira,
 por qué tu boca no canta,
 por qué perdieron su brillo
 tus mejillas sonrosadas...?
 ¿Es que ya no tienes flores
 con que adornar tu ventana,
 ó es quizás que te ha olvidado
 el mocico á quien amabas?...
 Nena de rubios cabellos,
 la de los labios de grana,
 ¿por qué perdieron tus ojos
 aquellas dulces miradas,
 y en vez de estar jugueteones
 siempre están llenos de lágrimas?...